

CELA VERSUS DELIBES EN “LA ESPAÑA PROFUNDA”

Juan Pérez Pozo

El miedo que retrata Cela en Pascual Duarte cuando lo llevan, a la fuerza, “chillando como un cerdo”, al garrote vil, proviene de un sistema de jurídico implacable con el parricidio.

Delibes al narrar el ahorcamiento del “señorito” por haber matado a la “Milana” despierta en el ejecutor, que se toma la justicia por su mano, una suerte de venganza comprensiva, un acercamiento al desfavorecido por la pobreza y por el cociente intelectual.

Son sólo dos rasgos de novelas complejas.

En *La familia de Pascual Duarte*, la pobreza, la sordidez de las relaciones familiares, el aire denso del enfrentamiento, el entorno hostil... se plasma con fuerza. Así como la arrolladora fuerza indiferente de las leyes vigentes y su aplicación sin rebeldía alguna hacia la pena de muerte, más bien con un alto grado de consentimiento tácito, aunque mediara el más sincero arrepentimiento. Un realismo estoico; un realismo infranqueable; un realismo ajeno a lo intangible.

En *Los santos inocentes*, en la atmósfera sobrevuela una resignación al papel que, por cuna, a cada uno le toca desempeñar. Y, sin escatimar detalles narrativos realistas, los personajes desprenden, cada uno de ellos con su particularidad, una suerte de sinfonía de la vida rural de la época descrita, en la que cada voz, cada contrariedad, cada pequeño contento, les impele a lo que hoy se ha dado en llamar resiliencia. Una palabra de nueva propagación. Quienes la pronuncian les otorgan matices diferentes. En el contexto que nos ocupa significa la capacidad de adaptación al medio, tiempo y circunstancias sin desperdiciar la felicidad que cada cual tiene a su alcance.

Leyendo las páginas de *La Colmena*, uno tiene la sensación de que la supervivencia en años en los que muchos la tenían muy difícil, sobre todo en las afueras de los núcleos convencionales, los protagonistas se apoyan unos a otros y logran, mal que bien, ir superando la marginación mediante la solidaridad colectiva, casi tipificada para cada cual. Probablemente, de ahí el título de la novela. Se desliza una crónica a través de las peculiaridades de los individuos.

Leyendo las páginas de *Mi idolatrado hijo Sisí* (nombre bastante simbólico), uno tiene la sensación de que las consecuencias de la prosperidad también constituyen una forma de supervivencia, que nadie escapa a ser resiliente. Tener todas las comodidades desde pequeño y malcriarse en ellas conllevan un sinvivir a quienes lo han permitido. Máxime cuando una cruenta guerra civil arrebató esa vida, primero regalada y, como consecuencia, luego disipada. En este caso, de la obstinación en la fuerza conductual de los individuos emana la crónica.

Algo parecido ocurre entre *Viaje a la Alcarria* y *El camino*.

Cela visita esa comarca del centro de España y, como viajero, se funde entre sus habitantes y costumbres. Los lectores terminan fusionándose con las imágenes y las gentes descritas. Delibes, a través de las andanzas de la niñez principalmente, consigue que entremos en la atmósfera del pueblo donde se desarrolla la trama. Y, también nuestro pensamiento se hace una idea bastante precisa.

En definitiva, dos maneras complementarias de hacernos partícipes, durante la lectura,

de filosofías vitales, aún hoy vigentes si sabemos adaptarlas a la actualidad.

Hay una novela (corta, diáfana y persuasiva) donde Miguel Delibes aúna las dos tendencias señaladas: *Las ratas*. En ella, en un ambiente rural, transcurre cada pequeño tramo de un año apelando a refranes de santos (ejemplo: “Por santa Eulalia, nieve hasta en la cama”). Dibuja con trazos de Velázquez a los parroquianos. Y, subrepticamente, inducen a la maldad a uno de sus más modestos vecinos. La maldad bien cultivada llega al asesinato. Y todo dentro de unas existencias míseras, donde se azuza la rivalidad.

Aquí, genialmente, los personajes y el aire del costumbrismo extremo, se entremezclan para conformar una novela de profundo sello humanista.